



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14238

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptes.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MARTES 18 DE MAYO DE 1909

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos postales en París: Mr. A. Lorille, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

Habr  festejos

La reunión celebrada el domingo en los salones de la Sociedad Económica de Amigos del País y de la cual dábamos cuenta en nuestro número anterior, ha demostrado el interés que sienten todos los elementos que constituyen las fuerzas vivas de la población, de que en Cartagena se celebren este año los tradicionales festejos, que por la fama de esplendor y buen gusto de que gozan, tienen el privilegio de atraer   la ciudad buen número de forasteros.

A la iniciativa de la Asociación de la Prensa, han respondido nuestras autoridades, los presidentes de  rculos y sociedades, la industria y el comercio, todos en una palabra los que sienten verdadero interés en amenizar y prestarle algún atractivo   la temporada veraniega.

El programa que la Asociación de la Prensa ha sometido   la consideración de todos esos elementos que enumeramos anteriormente, no puede ser más sugestivo ni más completo; ofrece además la ventaja de que no hay necesidad de hacer grandes desembolsos para desarrollarlo, se necesita para ello más que dinero, buena voluntad y una no menor dósis de actividad   fin de que su viabilidad no sufra obstáculos ni entorpecimientos.

Como el tiempo apremia, pues solo faltan dos meses para que comiencen   celebrarse los festejos creemos nosotros que la comisión nombrada no debe demorar ni un solo día el ocuparse de este importante asunto para dar forma   lo que todavía no ha pasado de proyecto.

En vista de los buenos propósitos que animan   todos los que asistieron   la reunión del domingo, podemos ya afirmar sin temor   equivocarnos que este año en Cartagena habrá festejos.

LO DEL PENAL

Enseñanza elocuente

Ha-ce muy pocos días, dábamos la noticia de haberse desarrollado dentro de los muros de la prisión afflictiva de esta plaza, uno de esos sangrientos dramas que tan frecuentes son por desgracia en dicho establecimiento y que suelen tener triste y funesto epilogo, sobre la josa del depósito judicial de cadáveres.

A consecuencia de esta tragedia cuyos detalles conocen nuestros lectores, el dignisimo Juez de instrucción que es   la vez presidente de la Junta local de prisi nes, orden    instancias del director de la penitenciaría señor Zubiri, que la guardia civil practicara en las brigadas un minucioso registro y los resultados del mismo no han podido ser más productivos.

En el local del juzgado hemos visto esta mañana muchos centenares de armas recogidas   los penados y en número tan considerable, que parece increible hayan podido pasar desapercibidas   la constante vigilancia que debe ejercerse en aquella casa, adonde se purgan toda clase de delitos.

No hace muchos meses, y con el mismo motivo se verificó un cacheo semejante por los empleados del penal y tambien se recogieron infinidad de armas que fueron inutilizadas en el acto   fin de que no se repitieran estos hechos criminosos.

El haberse encontrado anteayer otra cantidad verdaderamente enor-

me de armas, prueba hasta la saciedad   que los reclusos gozan de suficiente libertad para fabricarlas en los talleres del mismo penal   que son introducidas desde fuera de una manera clandestina, y ambas cosas son dignas de tenerse en cuenta, procurando los encargados de la custodia y vigilancia de los reclusos, que estos puedan emplear medios reprobados para verificar agresiones   para repelerlas.

Todas esas facas, navajas, leznas, agujas finamente afiladas que ayer contemplamos en grandes cestos, y que eran el resultado del registro que hizo el sábado la guardia civil, han podido ser utilizados por manos criminales para sembrar el duelo en la población, puesto que más de una millar de hombres provistos de herramientas ofensivas son un peligro latente, aunque se encuentran encerrados detrás de los muros de un penal.

Téngase esto muy en cuenta y b squense los medios de evitar   Cartagena un día de luto, puesto que muy recientes están las enseñanzas del pasado.

El hombre y el burro

LUGAR DE LA ACCIÓN: la cuadra.

PERSONAS: diez buenos chicos, cuidando trece borricos, y un mal perrucho que ladra.

La cuadra es la de un mesón; los hombres están tumbados, y los borricos atados comiéndose su ración.

—Oid, sobra un sitio.—S ; alguien le querr  ocupar, siquiera para pasar la noche durmiendo aquí.

—Me parece que han llamado.

—S .  Qui n v ?—Venimos dos que quisiéramos, por Dios, pernoctar bajo techado.

—Si vuestra honradez abona la confianza... veremos...

—Abridlo agradeceremos un burro y una personal

—Solo hay sitio para uno,—dijo un mozo,—y es preciso que se salve el compromiso sin que se ofenda ninguno.

—Pues entre este burro y yo,—dijo el que hubo de llamar—creo que no hay que dudar...

Y el burro le contest :

— Qu  yo no cedo el provecho que pueda sacar de aquí!

—Las cuadras son para mí por justisimo derecho!

Los diez mozos apoyaban al muchacho (jes natural!) pero vieron esto mal

los borros que lo escuchaban y dijeron:—La vacante que tenemos que llenar debe ser sin vacilar para nuestro semejante.

Como siguió la cuestión sin poderse resolver, fué necesario poner el asunto   votación.

Seguí el perro callado sin haber intervenido cuando en esto dió un ladrido diciendo malhumorado:

— Ah, demonio! ahora recuerdo que, aunque burro, ese es amigo...  Oid todos lo que digo!

 Al que no vote... lo muerdo!

Y otro burro,   grandes voces dijo también:—Lo primero es votar al compañero;

 al que no lo haga... diez coces!

Concluyó la votación y...  oh, espantosa felon a!

 venci  al fin la mayoría de BORRICOS sin razón!

S , triunfó la fuerza bruta

sobre el humano talento.  y entr  una bestia, al momento de terminar la disputa!

Lector: comprendo que es sosa la poesía presente, y por eso es conveniente que yo te explique una cosa:

Hice esta composición que no te podrá gustar...  por el placer de llamar BURROS   los que lo son!!

Emilio de Motta.

 Adios Madrid!

Otros años por este tiempo no se podía dar un paso por la Puerta del Sol y calles principales de la famosa villa del oso y del madroño; los cafés, los teatros, los tranvías, las iglesias, e hab n atestados de forasteros.

Este año no faltan caras nuevas, rostros tostados y facas trigue as, pero no perturban la circulación normal. Las polvorientas fiestas de San Isidro, no han conseguido sacar de sus casillas   los provincianos.

Hemos atravesado, que diría un narrador de punta, un invierno calamitoso, y la primera capital de España ha sido, durante muchos meses, un foco de enfermedades epidémicas.

El tifus exantemático, el que padecen los pobres del arroyo; la viruela negra, que se apodera de los enemigos de la higiene, las fiebres eruptivas, que se ense orean de los organismos endebles, ha trazado sobre la leyenda madrileña tales horrores, que nada tiene de extraño que las fiestas de San Isidro no hay n atra ido este año tanta gente forastera como los anteriores.

Además, preciso es decirlo: Madrid, antes trasnochador y hullanguero, en otro tiempo resplandeciente de luz, de lentejuelas y fulgores, es al presente un población sombrío y tenebroso en cuanto el astro rey se oculta detrás de las cumbres del vetusto Guadarrama.

No le queda   Madrid más que el compás, como   los m sicos viejos   la fama de su anterior gallardía como

  las venerables ancianas que fueron hermosas en otro tiempo y ahora no son más que triste armazón de huesos y pellejo.

 Para qué han de venir los provincianos?  Para hacer igual vida monótona y tristona que en sus lugarejos, donde la gente se acuesta   la hora de las gallinas, y donde no andan por la calle durante la noche más que los aulladores perros?

 Valiente perspectiva!  Eso no vale ni merece el sacrificio ni las molestias que cuesta! O como dijo el otro, mejor est n en Bombay! Los comerciantes madrileños hacen el diablo   cuatro para salvarse de la ruina, de la quiebra, de las bancarrota, pero  tarde piace!.

En el invierno sufren las consecuencias de las calamidades epidémicas; en la primavera, los de la ausencia de los forasteros; en el verano, la fuga de los pudientes hacia las playas y los balnearios de moda; en el otoño, el triste resultado de la penuria clásica de los bolsillos, efecto de los correteos del estio.

Madrid ya no es aquel paraíso escondido que como un imán de locuras atraía   los cándidos paletos de otros tiempos. Aquel Madrid disipador, juerguista, trasnochador y holgazán de «in illo t mpore» no existe; ha desaparecido, se lo ha tragado la tierra.

Ahora Madrid es un pueblo que no va al teatro, que se acuesta temprano, que madruga, que trabaja, que no come   la francesa y que va   la oficina por la mañana,   paseo por la tarde y   descansar por la noche.

Y...  vale la pena que los forasteros se molesten para eso?

Abel Imart.

Los itinerarios fijos en el mar

Ante la insuficiencia de los instrumentos mecánicos y fónicos de que los buques disponen para señalar su presencia en tiempo de niebla, en sus navegaciones, los especialistas han tratado de determinar en el Oceano rumbos fijos que los vapores estarán

obligados   seguir y en cuyo recorrido no tendrían riesgo de encontrar otros navegantes en dirección opuesta.

En la Mancha y el mar del Norte, que son los sitios más frecuentados del mundo, nada semejante podrá aplicarse. Las rutas se ocupan y desocupan sin cesar. Donde el establecimiento de itinerarios fijos ha sido considerado conveniente es en la travesía del Atlántico, por ir de América   Europa y viceversa.

A mediados del siglo anterior, el sabio meteor logista y marino americano Mauri preconizó esa reforma y en Francia el capitán de fragata Riondel hizo durante algunos años activas campañas en favor de la misma idea. La cuestión ha sido sometida no hace mucho al parlamento belga por el ilustre Beernaert, quien propuso darla   conocer en una conferencia internacional.

En el Congreso de Washington de 1889 y en el de Mons, de 1905 fué estudiada tan importante cuestión sin que desde entonces pueda decirse que haya adelantado un poco. Pero más pronto   más tarde habrá que preocuparse y resolver este asunto tan interesante para la navegación.

Por el pronto las aspiraciones se limitarán   que se obligue   los buques   ir siguiendo el contorno del banco de Terranova   al encuentro de la corriente antártica y la del Gulf Stream, coronada casi siempre de brumas y de tempestades nieve y donde anualmente trabajan 20.000 pescadores que  l  luchan con los elementos para ejercer su rudo y peligroso oficio.

Sucede con demasiada frecuencia que los veleros de pesca que pululan en esas regiones constantemente invadidas por la niebla son cortados y divididos materialmente en dos trozos por la tajante proa de uno de sus gigantescos trasatlánticos, que con su enorme masa y su extraordinaria velocidad caen sobre los descuidados barquichuelos de pesca, seccion ndolos como si fueran de blanda cera.

Todo eso se evitar  con el establecimiento de los itinerarios fijos que pondría   los pescadores y navegantes al abrigo de tan terribles siniestros.

X.

Biblioteca de El Eco de CARTAGENA

68

Ante este aspecto y este recibimiento tan poco cortés el veterano capitán Benito hizo acopio de cuanto dignidad valor le asistieran en otras pruebas de la suerte, y contest  sin muestras de inmutarse:

—Vosotros tenéis dieciseis cañones y yo ni siquiera uno... No es una hazaña del otro jueves el obligar   las gentes de esta manera.

—Por eso mismo era menester proceder derecho, en vez de cochar de plancheta con tus bordadas, viejo chacharrero; porque la razón siempre está del lado de los cañones... y ya ves si somos razonables.

Esto lo dijo aquel noble sujeto haciéndole observar que los castillos del bajel caaban perfectamente portrechados,   lo que vale lo mismo, con arreglo   su lógica, llenos de razones convincentes.

—En fin, repuso Benito con impaciencia, ya que me habéis llamado   bordo, qué qu r is de mí? Mirad que estoy perdiendo viento y espero no me entreg is más con necesidades como estas, porque os aseguro que maldita la gracia que me hacen.

— Da veras? pues amigo, s o al comandante puede responderte; con que colma y roe tu cable: así excusar s apretar los dientes.

Biblioteca de El Eco de CARTAGENA

65

los ojos al mero recuerdo de sus cabellos blancos y venerables, que todas las mañanas besaban con respeto y gozo diciéndolo:— Buenos días, madre.

Tampoco eran castos y honrados pensamientos los que venían   alargar sus ardientes imaginaciones, y que los arrollaban por la noche durmi ndose balanceados en su hamaca.

En verdad que no se veían all  rostros frescos, sonrosados y cándidos, frentes blancas y puras, de esa que se coloran con voluptuoso sonrojo   la primera mirada de una mujer; no alzaban con timidez ojos velados por largas pestañas de seda, ojos de esos que dicen   los dieciseis años con tan dulce melancolía:— Oh!... cómo amar a yo   una mujer que me quisiera... pero, qué mujer gustará de mí?...

Volvamos   los marineros del capitán Benito que por cierto no eran de éstos; aunque confes  que se mostraban un tanto blasfemos, un tanto jagedores, un tanto r pacos, un tanto dados   las mujeres,   las europeas,   las indias,   las japonesas,   las americanas,   las haitianas; y aun   las ranagueras, grandes   pequeñas, que esto depend  del rumbo que seguían.

Pero  Dios   bondad! qué diferencia había de ellos   la tripulación de La Hierna!  que hombre   mejor dicho, qué demonio!